

Carlos Blanco Escolá

VICENTE ROJO,  
EL GENERAL QUE  
HUMILLÓ A FRANCO

# Índice

Introducción 7

Primera parte. DEL DESASTRE A LA TRAGEDIA

1. Un tímido regeneracionismo 17
2. La disparatada aventura colonial 45
3. Pretorianistas contra militares 83
4. La invasión de los africanos 117

Segunda parte. UN CONFLICTO INTERNACIONAL

5. La gran epopeya 155
6. La eclosión del arma aérea 199
7. Bailando al son del maestro 239
8. La República se desmorona 277

Epílogo triste 311

Notas 321

Bibliografía 335

Índice onomástico 343

## Introducción

En el seno del Ejército español se vivieron momentos difíciles durante los años que siguieron al Desastre del 98, como consecuencia del desairado papel jugado en el mismo por los oficiales de carrera; su comportamiento, al intentar eludir los riesgos y sacrificios que implicaba el destino a las colonias, daría lugar a críticas muy duras que no fueron aceptadas de buen grado, y acabó produciéndose un lamentable distanciamiento entre la sociedad civil y la militar, alimentado por el mutuo rencor. No faltaron, sin embargo, los militares que se sintieron empujados a participar, de alguna manera, en el movimiento regeneracionista que se manifestó por entonces en el país, y sería la toledana Academia de Infantería, principal vivero del Cuerpo de Oficiales, la que diera la nota más destacada a este respecto. En 1903, inmersos en el ambiente que se respiraba tras el «Desastre», dos profesores del referido centro, los comandantes Ibáñez y Angulo, publicaron un libro titulado *Los cadetes*, en el que no sólo se abstuvieron de censurar a las instituciones políticas, como era costumbre entre los militares de la época, sino que además optaron por analizar las deficiencias que presentaba la propia institución armada, y abogaron por llevar a cabo una reforma a fondo que habría de centrarse en el capítulo de la enseñanza. El regeneracionismo representado por esos profesores bien puede ser calificado de saludable, y es claro, por otra parte, que se adaptaba a la línea marcada por los más ilustres regeneracionistas. Pero, junto a este sano regeneracionismo, aparecería otro mucho menos edificante que,

al apostar por el espíritu guerrero, obedecía realmente a un trasnochado revanchismo de signo corporativista; el objetivo que se perseguía, sin duda, era el de acallar las voces de todos aquellos que habían criticado el comportamiento de los oficiales de carrera durante las guerras coloniales. Este espíritu guerrero orientado al revanchismo, por lo demás, se desarrollaría bajo la égida del rey Alfonso XIII, a través, sobre todo, de las alocuciones dirigidas a los alumnos de la Academia de Toledo. El más trascendente de esos discursos fue pronunciado el 12 de julio de 1909, tres días después del incidente provocado por el ataque de una harca mora a unos obreros que trabajaban en Melilla; el joven monarca aprovechó la ocasión para dedicar un encendido elogio a los soldados que arriesgaban sus vidas luchando contra los moros en la zona melillense, y añadió que el ejemplo de patriotismo que estaban ofreciendo debería ser imitado por todos. Las palabras de don Alfonso fueron recibidas con grandes manifestaciones de entusiasmo entre los cadetes, y la mayoría de ellos llegaron a expresar de inmediato el deseo de acudir a la lucha en el inhóspito territorio marroquí; puede afirmarse sin demasiadas reservas que, en ese mismo instante, se fraguó la intervención militar española en África y comenzó a forjarse el grupo de los africanistas.

La decisión de intervenir militarmente en Marruecos adoptada por Alfonso XIII, con la intención, en principio, de regenerar el Ejército y devolverle el prestigio perdido en las finiseculares campañas de ultramar, acabaría dando lugar a una larga guerra colonial, en la que se consumió la sangre y el dinero de los españoles sin obtener beneficio alguno. Con su disparatado proyecto regeneracionista, el rey arruinó el más sensato y saludable defendido por los comandantes Ibáñez y Angulo, y propició, por otro lado, la aparición del nefasto grupo de presión africanista, que habría de intervenir muy negativamente en el desenvolvimiento de la vida nacional. Los cadetes que se formaron en la Academia de Infantería en las dos primeras décadas del siglo XX, en fin, apenas se verían influidos por las ideas de los citados comandantes, pero un buen número de ellos, en cambio, encontraría atractiva la aventura africana emprendida por don Alfonso.

Francisco Franco Bahamonde permaneció como alumno en la Academia de Infantería desde 1907 hasta 1910, y durante ese tiempo dejó constancia de sus limitadas dotes intelectuales y de su escasa afición al estudio; nunca lograría destacar entre sus compañeros, que, ciertamente, lo consideraban un muchacho triste, introvertido y mediocre, cuyo único mérito consistía en someterse de buen grado a los reglamentos y a las rutinarias tareas de la vida académica. La intervención militar en Marruecos alentada por Alfonso XIII, el deplorable regeneracionismo que el monarca propugnaba, le permitirían, no obstante, realizar una rutilante carrera militar.

Por su parte, Vicente Rojo Lluich ingresó como cadete en el mismo centro de enseñanza el año 1911 y concluyó sus estudios en 1914, con el número 4 de su promoción. Rojo, al contrario que Franco, causó una excelente impresión en sus profesores y compañeros, que supieron valorar su inteligencia, su capacidad de trabajo, su afición al estudio y también su rectitud moral, basada en una sólida formación cristiana que excluía, por cierto, la adhesión al clericalismo y al integrista. Sus inquietudes culturales y su elevado concepto de la profesión militar le llevarían a sintonizar con el ideario de los comandantes Ibáñez y Angulo, que trataría de poner en práctica, en lo que a la reforma de la enseñanza se refiere, algunos años después, al ejercer como profesor de la propia Academia de Infantería. Con todo, sus indudables méritos no le serían reconocidos oficialmente durante el período de la monarquía, y resulta bastante elocuente, por ejemplo, que no hubiera superado el empleo de capitán todavía cuando Franco ostentaba ya el de general de división, pese a que entre ambos no había más que cuatro promociones de diferencia. Para hacer atractiva la empresa africana, don Alfonso se había visto obligado a restablecer el sistema de ascensos por méritos de guerra (eliminado tras el Desastre del 98 por los abusos cometidos en las campañas ultramarinas), y Franco sería uno de los grandes beneficiados por esta medida, la cual, por otro lado, generaría un deplorable ambiente de favoritismo y corrupción que acabaría produciendo un profundo malestar en un amplio sector del Cuerpo de Oficiales.

En realidad, la rudimentaria guerrita colonial desarrollada en Marruecos no daba ocasión a demostrar grandes méritos, de manera que el criterio seguido por el rey de premiar con largueza a los que en ella participaban difícilmente habría de conducir a la regeneración del Ejército; pero todo parece indicar que eso no inquietaba demasiado a don Alfonso, cuyo interés sin duda se cifraba en elevar hasta la cúpula del mismo a un grupo de militares que, por los favores recibidos, habrían de ofrecerle una fidelidad sin fisuras, a la par que ejercían su dominio en la institución armada, contribuyendo así al mantenimiento del régimen. Las previsiones del monarca, sin embargo, fallaron; las campañas marroquíes, amén de provocar el malestar de un buen número de oficiales por la política de ascensos establecida, causaron otros muchos problemas, y todos ellos fueron minando a la monarquía alfonsina hasta producir su derrumbamiento, sin que los militares africanistas que habían sido espléndidamente premiados movieran un solo dedo para tratar de evitarlo.

El primer gobierno republicano abordó de inmediato la reforma militar que el cambio de régimen exigía, pero, incomprendiblemente, los generales promocionados por el rey durante las campañas africanas no sólo continuaron ocupando sus puestos de privilegio, sino que además tuvieron en todo momento el control del ejército colonial, la única fuerza militar medianamente operativa que por entonces existía en España; y cuando vieron en peligro su privilegiada situación, con el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero del 36, organizaron y ejecutaron un levantamiento que significaría el preludio de la guerra civil. El ejército africano, principal baza de los golpistas, fue puesto por el director de la conjura, el general Mola, en manos del general Franco, con la misión de avanzar rápidamente hacia Madrid, cuya conquista, según el propio Mola, debería representar la conquista del poder... El comandante Vicente Rojo se abstuvo de hacer causa común con los militares sublevados, manteniéndose fiel al gobierno legalmente constituido; tras el advenimiento de la República había realizado el curso de Estado Mayor y ocupaba ahora un destino más o menos burocrático en el Ministerio de la Guerra; nadie podría sospechar en esos mo-